

## Estados Unidos, gendarme del mundo

**L**AS intervenciones actuales de los Estados Unidos —desde la guerra del Golfo para acá— en situaciones geográficamente alejadas (Bosnia-Herzegovina, Irak después de la «Tormenta del Desierto», Somalia, Haití), plantean una serie de preguntas de alta política, de derecho internacional y de simple ética, que tanto en el terreno teórico como en el práctico son difíciles de responder. En todas ellas, y aunque haya sido en comisión de servicio de las Naciones Unidas, la forma de la intervención ha llevado el sello peculiar que distingue a los americanos: pragmatismo, dinamismo, seguridad en sí mismos hasta la ligereza imprudente, independencia de criterio respecto de los aliados, ejercicio de la superioridad militar, y un innegable tono arrogante que las adversidades (Vietnam, Teherán) deberían haber ya eliminado. También es característico que a estas intervenciones acompañe una batería de documentos de apoyo ideológico y justificativo.

En un país como España, donde el antiamericanismo ha florecido artificialmente en las últimas décadas mucho más apoyado en las simpatías prosoviéticas de la izquierda que en el nebuloso recuerdo del «Maine», los sentimientos pueden oscurecer nuestra comprensión de una mentalidad como la

norteamericana, que es todo menos sencilla. Por eso, al pretender explicar la discutida y discutible presencia de los Estados Unidos en el mundo de hoy, no hay más remedio que proceder cerebralmente. Hay que remontarse a los años de Truman y Eisenhower —a los comienzos de la guerra fría— para meterse en la piel de los Estados Unidos, país triunfador, ebrio de su propia épica, increíble narcisista de su «*Manifest Destiny*», persuadido de poseer una misión cuasi sobrenatural para guiar, pacificar y proteger al resto del mundo, como el Caballero del Lago, de los infinitos monstruos y trasgos que le amenazan.

LA derrota de Vietnam, la insuficiencia económica que le ha convertido de primer acreedor en primer deudor del mundo, la trapacera y despótica arrogancia con que ha venido haciendo y deshaciendo en Latinoamérica e intenta constantemente imponerse sobre la misma Europa, y la pérdida general de prestigio (que el triunfo del Golfo Pérsico no ha servido suficientemente para restaurar), son contravalores que no han modificado sensiblemente el talante americano y hieren muchas sensibilidades. Sólo una humillación nacional profunda y durable podría provocar en ese pueblo una reflexión fructífera. Pero, hoy por hoy, no es el caso. Su 98 llegará en el momento oportuno, como llegó para España y para todos los imperios. Pero ni está en nuestra mano determinar ese momento, ni es fácilmente creíble que la humillación de los Estados Unidos pueda convertirse en un objetivo deseable por sí mismo y beneficioso para el resto del mundo.

Si nuestra mirada respecto de los Estados Unidos lograra superar el punto de encono que nos subleva, y se hiciera más universal, habríamos de considerar con frialdad que un mundo sin la fuerza de reserva (política, económica, militar, humana) que los Estados Unidos poseen, probablemente sería peor que el actual y se convertiría en un caos de rapiñas internacionales, de nacionalismos desatados, y de «señores de la guerra». Las dificultades y conflictos que han emergido tras la desaparición de la superpotencia soviética deberían haber

convencido a muchos, de que no todo consistía en borrar las visceralidades ideológicas y derribar el telón de acero.

**LOS** Estados Unidos están en este momento garantizando en lo posible que la evolución de Rusia (y toda la estela del Este) hacia la modernidad se haga con los menores traumatismos. También están, desde el GATT, procurando controlar (en su favor, ¡sí!...) la única trama objetiva que puede conducir a un orden internacional más o menos nuevo. Los Estados Unidos, como única superpotencia remanente, prestan a la nueva y todavía algo vacilante Europa, una firmeza que ésta todavía no tiene, y cuando Europa finalmente se consolide, ambas macrounidades formarán la columna vertebral del planeta, para lo que «se vaya ofreciendo» en un mundo plagado de problemas masivos. Para el orden internacional globalmente considerado, incluso siendo tan imperfecto como el presente, los Estados Unidos son imprescindibles, a pesar de sus defectos. Otros países no lo son tanto, aunque cueste el decirlo.

Probablemente no son ni mejores ni peores de lo que en su tiempo fueron la «**pérfida Albión**» o «**el arrogante español y caballero de milagro**» (Lope de Vega). Pero han dado forma teórica a su hegemonía con el «**Manifest destiny**» y su «**America first!**» No hace muchas semanas que el presidente Clinton, el secretario de Estado Warren Christopher, y la delegada yanqui en la ONU, Madeleine Albright, hicieron sendas declaraciones afirmando rotundamente que los Estados Unidos han de seguir comprometidos en el liderazgo del planeta, al menos «como apoyo de la balanza mundial, aunque no puedan resolver cada problema» (Clinton), usando «la diplomacia si es posible, y la fuerza si es necesario» (Albright), «especialmente en las regiones de interés vital para nosotros» (Christopher).

La efervescencia igualitaria y democrática que bulle en nuestros cerebros nos hace a veces perder de vista que el mecanismo «un hombre, un voto», o «un país, un voto» como es el caso de las Naciones Unidas, no es un rodillo igualitario. Cada uno se queda como realmente es. Los países

*de gran fuerza y poder, como los Estados Unidos, Japón o Alemania, marcan una desigualdad inevitable que no es necesariamente lesiva de la dignidad de los otros, aunque pueda serlo. Los países de gran población, como China o la India, ponen en el platillo de la balanza un peso representativo inevitable, que no se puede comparar con la entidad o la importancia de un país pequeño. De ahí que en el mundo actual, la suerte de estos últimos radique en saber renunciar a los individualismos para coaligarse y de esa forma poder contrabalancear la propensión que los grandes tienen a ejercer la prepotencia en los foros internacionales. La arrogancia es tentación de los grandes. Correlativa con la altivez estúpida a la que se ven tentados los insignificantes.*

***EL** planeta se compone de unos y otros. Y todos somos parte del Gran Teatro del Mundo. No es de gran efecto práctico cebarse en los defectos del poderoso si quienes los censuran incurren en los mismos o peores, y sobre todo, si por mezquindad del espíritu se dejan de impulsar proyectos conjuntos de gran alcance y trascendencia. Para el siglo XXI, el mundo afronta dramáticos vuelcos de situación en los que serán necesarias todas las colaboraciones. Las migraciones del hambre requerirán un reparto adecuado de cuotas y todos los países deberían colaborar. La división del trabajo tendrá que ser revisada. La financiación global tendrá que ser estudiada por los siete grandes, —uno de los cuales, evidentemente, sin el que nada podrá hacerse, es precisamente los Estados Unidos—, pero secundada por los estados menores.*

*Que los EE.UU. se hayan convertido de hecho en «gendarmes del mundo», título antipático escasamente generador de adhesiones, es coherente con su poder intrínseco, pero surge, además, de una determinación política antiaislacionista que es reacción contra la tendencia contraria, no carente de partidarios. Los gobiernos americanos, tanto demócratas como republicanos, temen al aislacionismo como enfermedad nacional degenerativa. No se trata ya del deseo de controlar al resto del planeta como quien vigila, sino de huir compulsivamente del empobrecimiento psicológico que supone*

*encerrarse en el huerto propio a solas con los propios males, que en el caso americano son enormes. Esta tentación, recurrente en los Estados Unidos, ha reaparecido con fuerza desde que la guerra fría ha terminado, y no pocos sectores de aquel pueblo —por lo demás, bastante ignorante y primitivo— se preguntan para qué se mantienen los cuantiosos gastos militares que en los decenios anteriores parecían justificados, ni para qué emplearse en intervenciones exteriores tan costosas, que ni son pedidas ni agradecidas.*

*«Continuaremos comprometidos —confiesa Christopher sin rebozo alguno— no por altruismo, sino porque existen intereses reales, económicos y de seguridad nacional, que sufrirán si nos dejamos seducir por el mito aislacionista.»*

**PERO** por mucho que ellos se autoconvenzan de su discutible función providente es difícil que sus intereses lleguen mínimamente a hacerse «nuestros intereses». En última instancia, la superpotencia americana, agigantada psicológicamente por el hecho de haber quedado dueña del terreno, actúa sobre los demás países como un yugo del que es difícil emanciparse. Mientras no cambie la correlación de fuerzas, esta presión podrá ser sobrellevada con un cierto sentido de adaptación, tanto más practicable cuanto más «comunitario». Cuando la Unión Europea, superada la actual coyuntura de crisis, vaya estando en condiciones de exigir más, también se irá modificando la relación Europa-América, y ojalá sea con un incremento de la negociación, el diálogo y el sentimiento de común pertenencia a la misma civilización occidental. Y procuremos que ante el protagonismo de los Estados Unidos no se nos suba la sangre a los ojos. No sería realista.